

zando al tecno, con desenvoltura, bocanadas de humo.

A todo esto, habiendo aparecido Buldeo, le pedí que me condujera a mi cuarto; me ayudó a desnudarme y me acosté.

Como es natural, no pude dormirme.

Estaba furioso contra la estupidez de los "boches" (así los llamaba yo en mi furor infinito), que no podían imaginarse que se osara tocar a sus femibles personajes (esto era muy propio de la mentalidad alemana), y sentía un dolor inmenso al pensar en Amalia, que con tanta dureza me había tratado porque había ido a turbar su quietud.

Sólo logré adormecerme por la mañana y no me desperté hasta después de mediodía, sintiendo un hambre de lobo.

XIV

Con el cerebro del revés.

Oh! ¿Cómo podría expresar con palabras los sentimientos o, mejor dicho, las sensaciones que se apoderaron de mí en el transcurso de la velada siguiente cuya extraña y abominable obsesión jamás ¡ay! lograré sacudir?

Mientras uno se encuentra frente a un horror lógico, es decir, explicable—por censurable que pueda ser—se puede gritar, lamentarse, sufrir, pero al fin y al cabo el cerebro tiene probabilidades de resistir, de conservar el equilibrio, la sagrada facultad de razonar, es decir, de *pensar*. Pero situado en el centro de lo inexplicable (sea en el dominio del horror o en cualquier otro)... ¡y ya no puede "pensar" porque zozobra!

Entonces se encuentra en la situación de esas gentes que se hallan tranquilamente sentadas en un sillón sobre un piso sólido y que, merced a un juego que se ha exhibido a menudo en las exposiciones y en las grandes ferias, ven que las paredes de la habitación en que se encuentran se ponen de pronto a oscilar *realmente* en torno

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 2625 MONTERREY, MEXICO

suyo. Entonces también ellas pierden *mentalmente* el equilibrio y empiezan a gritar de sorpresa y a gesticular como si verdaderamente necesitaran asirse a algo.

¡Ah! ¡Asirse a algo... Pero ¿a qué hubiera podido asirme yo después de esta memorable velada que tengo que contaros?

La cosa empezó de una manera muy simple. Yo me había vestido para cenar, lo mismo que la víspera.

Buldeo fué el que me introdujo en un gran salón blanco, cuyas paredes estaban exornadas con retratos de los más famosos Hohenzollern. La imagen de Guillermo II ocupaba el puesto de honor.

Una gran mesa dispuesta para la cena ocupaba el fondo del salón. Había además seis mesas pequeñas. Una docena de personajes se hallaban ya sentados detrás de la gran mesa, a la izquierda, recostados contra la pared y alineados como colegiales en el refectorio.

Además un grupo de oficiales alemanes, de pie en el centro del salón, charlaban justamente con von Busch (la Bola roja) y von Freemann (la Muerte verde).

Estos últimos me saludaron muy correctamente y continuaron su conversación sin volver a ocuparse de mí. Buldeo, que había cambiado su blanco traje de mayordomo por el de *maitre d'hôtel*, me indicó el puesto que debería ocupar yo durante la cena.

Se hallaba en una pequeña mesa provista de una decena de cubiertos.

En todas las mesas había flores. El resplandor de las luces eléctricas era agradablemente atenuado por la corola de papel de seda transparente que las envolvía.

Poned en el centro de este cuadro encantador el brillo de los uniformes, el reflejo de los alfileres de corbata y la blancura de las pecheras, pues también hicieron su aparición algunos personajes de etiqueta.

Yo era el único que estaba de *smoking*. Desde las primeras palabras que cogí al vuelo comprendí que aquellos individuos se disponían a conmemorar aquella noche algún solemne aniversario glorioso para la familia imperial y para todo el *Deutschland*.

El salón se llenaba. Las conversaciones eran por lo general de un tono más bien alegre. Sin embargo, yo creí o me imaginé que algunos de aquellos accesos de alegría eran poco naturales y había cierta ficción en algunas sonrisas demasiado prolongadas que descubrían excesivamente los dientes.

Por ejemplo, los alcaldes de las ciudades del Norte de Alemania a los que yo había visto la víspera en la biblioteca y que tan ruidosamente habían pedido que se les sirvieran *delicatessen*, pues bien, estos señores burgomaestres, considerados desde más cerca (tuvieron que comer a mi mesa) parecían tener frentes que no guardaban relación con sus sonrisas...

Pero el tío Ulrich von Hahn hizo su entrada. Apareció con el cabello rizado, reluciente, cubierto de pomada y de cosmético, con las mejas

llas chispeantes. Yo me dispuse a acercarme a él para pedirle noticias de Amalia; pero comprendí que en aquel momento sería una indiscreción, pues su llegada había sido acogida con frenéticos aplausos.

Todas las manos se tendieron hacia él y se le puso en el puesto de honor ante el retrato del emperador.

Entonces todo el mundo se sentó y la cena dió comienzo. En la mesa grande sólo había oficiales. En las mesas pequeñas se encontraban los paisanos. A mí no se me prestó más atención que si no existiera.

Dos criados hindúes trajeron triunfalmente un *espadón*. Era un animal magnífico que fué depositado, entre el entusiasmo de todos, en el centro de la mesa de honor delante del ilustre profesor Ulrich von Hahn...

Como ocurre siempre en Alemania a propósito de todo y a propósito de nada al hallarse en torno a una mesa en que hay de comer y de beber, esto dió lugar a una manifestación patriótica. Todo el mundo se había levantado... El profesor Ulrich extendió el brazo sobre el enorme animal como si se dispusiera a bendecirlo. Designando la especie de espada ancha, cortante, acerada, dura como el acero y de unos tres metros de larga, que el animal exhibía de plano ante sí, el profesor Ulrich von Hahn declaró con solemnidad:

—Este arma, unida a la magnitud de este magnífico pez, y a su fuerza y agilidad extraordinarias, hace que sea un enemigo temible incluso

para los mayores animales marinos. Su forma ha podido servir de modelo a la galera antigua y Eliano comparaba su arma con el espolón de un trirreme. ¡Este el primero de los submarinos vivientes! Nosotros le llamamos el *Schwert-Fisch* (es decir, el pez espada). Los franceses le llaman el *espadón*, pero también el *Emperador*...

Esto dicho, el amable profesor tosió, sonrió con malicia, se pasó la mano por el cabello, alzó hacia su frente sus lentes de oro y dijo:

—¡Demos las gracias a Nuestro Señor porque en este día de glorioso aniversario haya tenido la delicada atención de hacer llegar hasta nosotros, pobres prisioneros, un pez tan temible... para los demás..., *tan bueno para nosotros*... y al que los franceses han puesto un nombre tan bello!

Podéis imaginaros lo espiritual que se encontró la alocución. Aquellos personajes patalearon lanzando hurras.

Sin embargo, después de reflexionar, algunos se abstuvieron rotundamente de tocar aquel glorioso manjar y se negaron a comer un animal que el ilustre profesor von Hahn había llamado el *Emperador*.

Sus camaradas, sonriendo ante aquellos escrúpulos, intervinieron para que los otros no dejaran sus platos vacíos ante un manjar tan delicioso; pero los primeros replicaron en voz muy alta que preferían pasar por cándidos antes que por súbditos irrespetuosos de Su Majestad.

Y ya veis hasta dónde llega la estupidez teutona o, mejor dicho, la puerilidad alemana, para

hablar con la corrección que exige mi deber de neutral, puerilidad que se encuentra siempre en el fondo de sus instintos guerreros más feroces: bastó esa frase para que todo el mundo se privara del *espadón!*

Los criados se llevaron el glorioso pescado.

En el fondo, mis burgomaestres estaban furiosos; pero no se atrevieron a decir nada. ¡Y no fui yo el que reclamé!

Como el tío Ulrich, excitado por un resultado tan inesperado, seguía dando libre curso a su elocuencia, yo deseé con toda la fuerza de mi apetito renaciente que encontrara otros temas de conversación que no fueran la gastronomía, pues como no es nada raro que las carnes y las salsas vayan a buscar sus títulos, denominaciones y etiquetas a las gradas del trono, en el seno de las cortes y, por lo general, en los palacios de los príncipes más grandes, podíamos exponernos, siempre por respeto, a salir de la mesa y morirnos de hambre.

Por fortuna (por fortuna para nosotros, porque, como se verá, fué para desgracia suya), por fortuna, von Hahn se puso a hablar de política, es decir, que en su calidad de profesor de filosofía e historia emprendió una lección fulminante sobre los formidables destinos del mundo germano.

Apenas si podrían imaginarse todas las audaces sandeces que pudo pronunciar sin molestarle siquiera en desalojarse la boca. Tan pronto se mostraba profético como idílico. He de confesar, por lo demás, que manejaba el idilio

con cierta voz profunda y humedecida por el vino blanco, que llevaba al enternecimiento.

Mientras fuertes mandíbulas trabajaban, algunos ojos se volvieron para ocultar su humedad patriótica. Cuando el tío Ulrich evocó a las madres y las hermanas "que en medio de sus lágrimas no dejaban ningún día de llevar, en gracia al valor de ellos, la flor más preciosa a las guirnaldas que ceñían la frente de la Alemania victoriosa", yo miré al burgomaestre armador, que se encontraba enfrente de mí, y le oí verter lágrimas en su plato, conmovido por aquel galimatías.

El hombre se dió cuenta de que yo había sorprendido su emoción y se enjugó los párpados apresuradamente con la mano izquierda.

Entonces fué cuando me di cuenta de que le faltaba la mano derecha y le propuse cortar la carne. El me contestó con mucha amabilidad que gracias al sistema de tenedor-cuchillo que se le había procurado a bordo conseguía cortar sus alimentos casi tan fácilmente como *antes*.

—¿Hace mucho que está usted privado de su mano?—le pregunté yo.

—No—repuso, pero ya con cierta sequedad—
Apenas un mes.

—¿Ha sido usted herido en la guerra?

—Sí; en la guerra.

Y pude ver que se había puesto furioso.

Yo no insistí en un tema de conversación que tan desagradable le parecía al pobre hombre, cosa que yo comprendía perfectamente.

No obstante, para reaccionar sin duda contra

la emoción que le había oprimido momentos antes con la evocación de las madres y las hermanas de su país, se puso a referir a sus vecinos algunas anécdotas picantes.

Entonces yo me fijé de una manera estúpida en aquella docena de personajes que había encontrado al entrar sentados detrás de la mesa y alineados como en un refectorio contra la pared, y que no se habían levantado cuando todo el mundo se levantó (pues yo había observado esto y nadie les había dicho una palabra). Y tras ellos, mis ojos vieron muletas apoyadas contra la pared. Estos personajes tienen brazos y muñecas. No falta ninguna mano encima de la mesa; pero... pero... *sin duda deben faltar piernas por debajo* (pues si no, ¿de qué servirían las muletas?).

Pero ¿y qué? ¿Qué de extraordinario tiene que haya en algún sitio un grupo de lisiados? Estos individuos han sido hechos prisioneros sin duda y han sido heridos combatiendo... ¡Eso es todo, ¡Eso es todo!

Porque, después de todo, si esas gentes hubieran sido mutiladas en el fondo de cierta sala, detrás de cierta ventana enrejada, ya no tendrían hambre ni sed, ni valor ni entusiasmo para escuchar las orgullosas borricadas del célebre profesor Hahn... O de lo contrario, ¡locura, llévame en tus alas de fuego lejos de este cenáculo monstruoso!

¡Rehenes! ¡Son rehenes como los demás, a los que se cuida escrupulosamente!

¡Reíd, pues, rehenes! ¡Bebed, pues, rehenes! ¡Lanzad hurras, rehenes! ¡Un buen día os harán

una hermosa fotografía detrás de la ventana enrejada!

—Señor, querido señor, ¿desea usted algo?

Son mis vecinos, que se inquietan por mis pensamientos. Parece ser que he hablado en voz alta y he dicho cosas incomprensibles.

Quisiera irme, quisiera irme a acostar; pero me quedo.

¡No puedo dejar esta bella y resonante reunión de prisioneros condenados al martirio y al champañal!

¡Al champaña primero! ¡Esta es la hora del champañal! ¡Llena los vasos, caldea las gargantas y los corazones!... Un oficial bebe: "¡Por Nuestra Señora del vino de Champaña!" (Así designa a la catedral de Reims, o lo que de ella queda.)

—¿Desea el señor pastel de crema y dulces?

Es Buldeo, que se ha acercado a mí. Desde el principio de la cena dirige el servicio con una gran autoridad silenciosa. Y ahora se inclina a mi oído:

—Me parece que al señor le convendría volver a su cuarto. ¡Si el señor quiere que le acompañe!...

Yo sólo tuve fuerzas para sacudir la cabeza energicamente. ¡Quiero seguir! ¡Quiero seguir! ¡Para continuar escuchando!...

Pero Buldeo insiste:

—¡El señor está más blanco que el mantel! ¡No quisiera que el señor se encontrara mal aquí! ¡Temo que el señor calcule mal sus fuerzas!

Yo le hago señas de que se aleje con un gesto

febril, pero liberador... Justamente en aquel momento entraba en el salón el Hombre de Funchal, el teniente Smith, el que yo llamaba el Irlandés. Conservaba su aire de alejamiento de las cosas de este mundo, a causa de su mirada de muerto.

Ya he dicho que aquellos personajes habían tomado ya grandes vasos llenos de champaña, cosa que sin duda había influido algo en la emoción que había hecho verter lágrimas furtivas al burgomaestre armador que sólo tenía una mano, y creo también que fué el abuso de esta bebida generosa lo que le hizo levantarse de pronto como un loco, con el vaso en su única mano, y proponer un brindis resonante por el "encantador teniente Smith y por su encantadora cabeza de los ojos muertos".

—¡Nos cuida tan bien — exclamó el burgomaestre delirante — que sería imperdonable no beber a su salud!

Yo me esperaba gritos, protestas o aplausos irónicos, o, más simplemente aún, que se hiciera callar a aquel personaje por el honor y la dignidad del profesor Hahn, de la Universidad de Bonn, al que aquel energúmeno había cortado literalmente la palabra. Pero en el acto advertí que sólo se prestó atención a lo que iba a contestar el teniente Smith.

—Señor—repuso al fin la voz lúgubre del teniente Smith—, señor, de paso beba usted ya a la salud del capitán Hyx, que me ha encargado de darles a ustedes las buenas noches en su nombre.

Entonces fué cuando se oyó la voz insoporta-

ble del tío Ulrich, que estaba sufriendo por no haber proclamado una sola estupidez en los cinco minutos escasos que llevaba callado.

Siempre le veré sacando su repleto y pequeño busto, de cortos brazos, por encima de la mesa, en la que se apoyaba como los oradores en las conferencias mundanas, y preguntando con aquel acento suyo que quería hacer encantador:

—¿Y es a mí, al profesor von Hahn, de la universidad de Bonn, a quien el capitán Hyx tiene la amabilidad de dar las buenas noches? No; no puede ser. ¡Pero ya comprendo! ¡No se atrevería!... Hay audacias que no le están permitidas ni al más insensato.

Entretanto, a cada lado del profesor, von Busch y von Freemam (el uno más rojo que nunca y el otro más verde que una rana descompuesta), se esforzaban por hacerle callar honorablemente. ¡Pero vaya usted a hacer callar a un profesor de facultad a la hora de los brindis!

—Teniente Smith — exclamó el ilustre von Hahn —, decid de mi parte a vuestro capitán Hyx que hace bien en guardar las conveniencias con los guerreros de Su Majestad Guillermo II y tratarlos como a los primeros gentileshombres del vasto mundo. Hay quienes se imaginan aún que pertenecemos a los tiempos en que los peluqueros se exponían a morir de hambre en nuestro país. ¡Mire usted en torno suyo! ¡Qué magnífica elegancia! Fuerza y civilización: ¡he ahí lo que representamos nosotros, los bárba-

ros de Germania, los soldados de Arminio que han salvado al mundo! (El pobre hombre estaba algo "lanzado".) Vaya usted a decir a su señor que la espada germánica es infalible como el martillo de Tor. Conviene que sepa esto en este hermoso día. Vaya a decirle que hemos fijado de modo inmutable la oscilante fortuna de la guerra y que innumerables coronas han venido a exornar nuestras banderas. Vaya a decirle que hemos encontrado los viejos senderos de la victoria y que no puede sobrevenirle mayor desgracia que ponerlo en duda, siquiera sea un minuto... Vaya a decirle también que su vino de Champaña es la mejor cualidad bruta.

—¡Venga usted mismo a decirle todo eso!—acabó por responder secamente el lúgubre teniente Smith.

¡Ay! A pesar de las discretas advertencias de von Busch y von Freemann, el profesor no supo resistir a esta invitación y siguió al teniente Smith, desapareciendo con él.

Buldeo cerró tranquilamente la puerta y ordenó que se trajera el café y los licores.

¿Por qué esta nueva angustia en un corazón al que ya no abandona la inquietud? ¿Por qué no pueden apartarse mis ojos de esta puerta, que acaba de cerrarse tan simplemente, tan naturalmente?

Delante de la puerta permanece Buldeo, que cuida de todo. Es un *maitre d'hôtel* perfecto, con su caja de cigarros en la mano. ¿Por qué siento un súbito temor de que no se dirija de pronto hacia mí, con su paso tranquilo y callado, y me

tienda la caja ofreciéndome esos cigarros que los otros fuman tan pronto?

¿Por qué en torno mío, en el salón tan alborotado momentos antes, son tan raras las conversaciones? ¿Por qué desde hace un minuto todas estas gentes no tienen ya nada que decirse? ¿No será quizás porque piensen todos en lo mismo... en eso que pienso yo? ¿Es posible?

Yo los miro... Yo los miro... Las mudas bocas han conservado el grosero pliegue de la sonrisa y el orgullo; pero las frentes son más sombrías que nunca... o tal me parece a mí. Y todas estas gentes se han puesto a leer periódicos, degustando su café y vaciando copitas de licor, trago tras trago.

En fin, yo me imagino que es un silencio singularmente penoso para todo el mundo, y le agradezco a von Buch que le rompa de una vez para siempre a propósito de no sé qué y tratando de no sé qué asunto. E inmediatamente todos se pusieron a hablar a la vez, como si tuvieran prisa por recuperar el tiempo perdido. Algo análogo acontece en las jaulas llenas de pajarillos.

Mas ¡oh estupefacción! ¿Por qué no se echan a reír ahora *si han oído el grito que acabo de oír yo*, el grito agudo, el grotesco clamor que se ha deslizado por una puerta entreabierta allá, al extremo de la estancia, al final de la mesa de honor, un *cómico grito de desesperación* que recuerda la voz del Herr Professor cuando perora estando afónico?

¡En fin! Las gentes que se encuentran al extre-

mo de la mesa de honor han debido de oír ese grito; ese grito que me ha hecho volverme bruscamente, ha estado a punto de hacerme reír de sorpresa y ahora me hace temblar de espanto...

Pero parece ser que yo soy el único que se conmueve...

La puerta ha sido cerrada vivamente por alguien que pasaba, y el ruido de las conversaciones ha alcanzado un diapason absolutamente inusitado.

Sin embargo, un burgomaestre se levanta junto a mí, me saluda en el mismo momento en que yo le pregunto si no ha oído nada, se dirige hacia la famosa puerta sin contestarme, la abre y desaparece.

Al abrirse esta vez la puerta no ha dejado llegar hasta nosotros ningún grito.

Pero otro comensal se levanta, y solemnemente, tieso como una I, andando rigidamente como el ebrio que tiene un miedo atroz a dar un mal paso del que no ha de levantarse, llega a la puerta, la empuja y se precipita en la galería mientras que la puerta se cierra por sí misma pero después de habernos lanzado de nuevo el singular clamor.

¡A la verdad, a la verdad, ésta es sin duda la voz ridícula y desesperada del profesor von Hahn! Mi boca balbuce palabras incoherentes... Mi brazo designa la puerta... Mis pasos me conducen irresistiblemente hacia ella...

¡Y, sin embargo, nadie me presta atención!... ¡Nadie me interroga!... Nadie responde a estas palabras que salen de mi garganta como un es-

terror: "¿Han oído ustedes? ¿Han oído ustedes?"

¡Ellos se rien!... ¡Ahora se rien con más fuerzal ¡*Behen champaña con más frenesí!* Algunos hay que empujan la puerta sin decir nada y desaparecen en la "galería que grita", como si no se dieran cuenta de nada..., como si no oyeran nada...

Desaparecen por ella con un paso espectral y marchan tiesos como ies, con la frente alta...

Y cada vez que han abierto la puerta, el clamor inquietante ha penetrado en el salón, cayendo sobre todas las frentes sombrías; y, sin embargo, todas las bocas han seguido charlando, riendo, bebiendo...

Ahora estoy cerca de la puerta, sin fuerzas para hacer un gesto... y, sobre todo, sin comprender... sin comprender...

Espero a que uno de estos personajes, como ha ocurrido ya seis veces, se levante y abra la puerta por sí mismo y penetre en la galería. Entonces veré lo que *puedo* hacer...

Ante todo quisiera comprender. Tengo la sensación de que si no comprendo en seguida, voy a hundirme en el caos. Porque después de todo, ellos han oído... ¡Y si han oído tienen que saber!... ¿Por qué entonces hacen como si no supieran?... Y, sobre todo, ¿por qué hay algunos que se levantan para ir hacia donde se oye el grito mientras que los otros siguen obrando como si no hubieran oído?

¡Escuchad!... ¡Escuchad!... Quisiera saber si se sigue gritando detrás de la puerta... Debe tratarse de una puerta muy bien forrada, construida